

LOS INDÍGENAS Y LA IZQUIERDA

José Antonio Aguilar Rivera

Revista Nexos 248, agosto de 1998. México

8 páginas

Huérfana de sus grandes mitos, la izquierda ha hecho suya una causa que históricamente le resulta tan afín como el agua al aceite: la de la identidad étnica. Este es un repaso a los elementos que integran el espejismo de una izquierda que, al parecer, ahora persigue su propia negación.

La brújula perdida

Uno de los fenómenos intelectuales más extraños y paradójicos del último cuarto del siglo XX es el matrimonio entre la izquierda y la política de la identidad. Con notables excepciones, la izquierda en México ha hecho suya la causa del neoindigenismo.(1) Sus intelectuales, políticos y activistas apoyan entusiastas y con los ojos cerrados las reivindicaciones de autonomía y derechos especiales que la rebelión zapatista llevó a la palestra pública. Esta parecería ser la posición natural. Satisfecho, uno de los partidarios más dedicados de la causa de la autonomía indígena afirma:

antes de 1994, los contrincantes de la autonomía no sólo eran los ideólogos y técnicos del gobierno, sino también un gran número de pensadores y activistas de "izquierda", quienes ponían interminables objeciones... Esto ha cambiado, gracias a Dios, pero sólo después de que se ganó la batalla de la legitimidad política del proyecto de autonomía. (2)

Hoy, el consenso es abrumador y hay poco espacio para posturas críticas. El principal partido de izquierda, el PRD, no concibe otro curso de acción más que suscribir ciegamente las demandas del Ejército Zapatista. La tiranía de la mayoría es, en este respecto, apabullante: cualquiera que disienta de la opinión dominante se convierte en persona non grata. No se trata de simple falta de imaginación sino de algo más complejo y alarmante: amnesia. Nadie se pregunta si la izquierda, al hacer suya la agenda de reivindicaciones étnicas, no está en realidad traicionando su compromiso histórico con los ideales universales de justicia, libertad y fraternidad.

El escepticismo, por el contrario, ha sido monopolizado por la derecha. Nada natural hay en todo esto. "En México", apunta un crítico, "erróneamente se ha identificado al individualismo con la derecha y al organicismo con la izquierda. Así y todo, pueden haber, como de hecho hay, líneas individualistas de izquierda y orientaciones organicistas de derecha". (3) La actual adhesión de la izquierda al movimiento neoindigenista será notada con gran extrañeza por los futuros historiadores de las ideas. Hoy, sólo provoca comentarios de paso. "Esa postura", señala un observador

contemporáneo, "no sólo conservadora sino directamente reaccionaria y racista, la del usocostumbrismo, hoy en día pasa por ser de izquierda". (4) El caso es, qué duda cabe, singular. ¿Cómo es posible que el neoindigenismo pase por progresista? Exploremos la paradoja con detenimiento. La simpatía de la izquierda mexicana por los indígenas es natural. Son los más pobres de entre los pobres y han sido explotados y discriminados por siglos. Hasta aquí todo va bien. Tradicionalmente la izquierda ha hecho suyas las causas de los desheredados. Sin embargo, esta posición moral no tiene tintes nativistas. Se toma partido por personas que, independientemente de su lengua, origen o religión, sufren injusticias. La reivindicación de lo singular, de las tradiciones, de la lengua, de la cultura nativa, es ajena al legado ideológico de la izquierda. Como afirma el historiador británico Eric Hobsbawm:

los movimientos políticos y sociales de masas de la izquierda, es decir, los inspirados en las revoluciones estadounidense y francesa y en el socialismo, eran en realidad coaliciones o alianzas de grupos, pero no se mantenían unidos por metas que fueran específicas al grupo, sino por causas grandes y universales... (5)

El proyecto político de la izquierda, según Hobsbawm, "es universalista: es para todos los seres humanos". Busca igualdad para todos, no sólo para los indígenas. Los derechos indígenas no son para todos, sino para comunidades específicas. "Los grupos de identidad", añade Hobsbawm, "son sobre sí mismos, para sí mismos y para nadie más". El exactivista y profesor norteamericano Todd Gitlin lo pone en términos muy simples: "¿Qué es una izquierda si no es, plausiblemente al menos, la voz de todo el pueblo?... Si no hay pueblo, sino sólo pueblos, no hay izquierda". En México la izquierda ha perdido la brújula. Pero sobre todo, ha perdido la memoria.

El neoindigenismo toma partido por los indígenas más como miembros de una cultura que busca conservar su orden social tradicional que como individuos oprimidos por un orden injusto. Es necesario repetirlo: la izquierda está comprometida con la idea de la igualdad esencial de todos los seres humanos. Este no es un ideal cuya validez sea relativa o que aplique sólo a Occidente. El relativismo filosófico es ajeno a su legado ideológico. Si hurgamos un poco en el repertorio conceptual del neoindigenismo encontraremos nociones importadas de la escolástica, del relativismo cultural y del patrimonialismo hispánico. Los aliados históricos de los neoindigenistas son los españoles preborbónicos y los conservadores decimonónicos. ¿Qué son las autonomías propuestas sino las repúblicas de indios resucitadas? La derecha no tiene ningún problema en permitir que los indígenas se gobiernen como les plazca, siempre y cuando no amenacen sus intereses.

Esto no es porque valore las formas tradicionales de esos grupos humanos, sino simplemente porque su futuro le tiene sin cuidado. Las reservaciones y el aislamiento —el desentendimiento— son las soluciones de la derecha, no deberían ser las de la izquierda. El discurso del neoindigenismo pone de cabeza ideas que históricamente han servido para que los débiles le hagan frente a la injusticia, como la igualdad jurídica. En los periódicos se leen a diario afirmaciones disparatadas y absurdas. Un articulista, por ejemplo, afirma que si la "anacrónica" igualdad ante la ley no es "oportunamente derrotada, pudiera desembocar en el etnocidio". De la misma manera, una "imposición mecánica de los mismos derechos y obligaciones para todos"

sería demagógica, porque supuestamente "ella implicaría abandonar a quienes requieren protección especial del Estado".

Así resulta que la justicia no es ya un valor ético universal, que aplica a todas las personas por igual, independientemente de las diferencias de cuna y fortuna. Otra vez consiste, como diría Aristóteles, en darle a cada quien lo que le corresponde. Para los neoindigenistas, como para los discípulos de Santo Tomás, tratar a desiguales como iguales es una injusticia. Por alto se pasa que la escuela del derecho natural, en la que se basan tanto el liberalismo como el socialismo, presentó la igualdad teórica de los seres humanos como un concepto revolucionario que buscaba someter a los poderosos a un mismo código moral de comportamiento. Los individuos, pobres y ricos, merecían igual respeto porque su dignidad era, esencialmente, la misma. Los neoindigenistas han descubierto, como los animales de la granja de Orwell, que algunos son más iguales que otros. La respuesta histórica de la izquierda frente a la desigualdad ha sido combatirla; la de los neoindigenistas de hoy es aceptarla y reconocerla en la ley. No hay en ello nada emancipador.

Memoria del agravio

La pregunta persiste: ¿por qué la izquierda, al unísono y sin percatarse, ha abrazado una causa reaccionaria? Me parece que hay tres razones que dan cuenta de ello. Por un lado, la izquierda en México sufre los efectos de una doble orfandad. Uno de los muertos —el socialismo— le era común a las izquierdas de todo el orbe. Terminada la ilusión que nació en octubre de 1917 la escala de la ambición y de la imaginación se ha reducido. De utopías universales la izquierda se ha retirado a buscar reivindicaciones particularistas que abrazar. Así toma lugar un encuentro con las tradiciones conservadoras, que tienen una importante veta localista.

Si el marxismo se murió, su espíritu y retórica siguen vivitos y coleando. A menudo se posesionan de cuerpos ajenos. De esta forma el Marx del Manifiesto puede seguir hablando como si 1989 nunca hubiera ocurrido (v.g., "el fantasma de la autonomía recorre Indoamérica"). En ocasiones la colonización ideológica es en extremo burda. El discurso simplemente cambia de trinchera para seguir atacando desde ahí a sus viejos enemigos: la democracia "burguesa", el capitalismo y el Estado. Esta es una izquierda que no ha aprendido nada. El desprecio por la democracia "formal" es evidente:

superar la violencia étnica estructural nos obliga a cuestionar la propuesta de democracia que la presenta como un valor universal en sí mismo. Interpretada desde el neoliberalismo como un conjunto de reglas del juego y normas institucionales cuya lógica está en definir un mercado electoral, pierde su dimensión de uso alternativo del poder político... Los espacios de libertad individual o colectiva (derechos de reunión, asociación, expresión y propiedad privada) no suponen estar en presencia de una sociedad democrática... Es la falta de democracia en América Latina, a pesar de la existencia de espacios para ejercitar las libertades individuales, lo que mantiene vigente un sistema político basado en la violencia étnicorracial. (6)

La lucha de clases se ha metamorfoseado en la lucha de etnias: el primer requisito para romper con las formas de dominio-explotación del colonialismo interno, productor de la violencia étnica estructural, es cuestionar el control que ejercen las clases dominantes sobre las clases sociales oprimidas y explotadas al definir de manera excluyente la identidad nacional.

El objetivo es: "que el proyecto democrático quede en las manos de las clases populares y las etnias conquistadas". Ahora, lo importante es el control de los medios de producción... de la identidad. La fe y la jerga son las mismas aunque el ropaje haya cambiado. Marx tenía razón: todo lo sólido se desvanece en el aire.

El otro difunto es el nacionalismo mexicano. El imaginario de una patria uniformemente mestiza se ha ido. En México la cuestión nacional se ha abierto una vez más. Y aquí ocurre otra claudicación. En la actual crisis de identidad nacional la izquierda, en lugar de tomar la bandera del nacionalismo ciudadano, ha abrazado equivocadamente la causa de los particularismos étnicos:

el nuevo pacto fundacional de la nación multiétnica y pluricultural se legitima a través de una práctica cotidiana y plural que se reconoce en la diversidad y en el derecho de los pueblos y movimientos indígenas a demandar la autonomía regional y el derecho a la autodeterminación. (7)

Pocos desde la izquierda reconocen, como Bartra, que los usos y costumbres de los indígenas, y de los ciudadanos mexicanos en general, deben reformarse "para asegurar la expansión de una sociedad civil basada en la libertad individual y la democracia política".

El tercer factor que explica la relación ilegítima entre el neindigenismo y la izquierda es la mala conciencia del México ladino. Emotivamente es el más poderoso de los tres. Es la culpa histórica por las injusticias cometidas contra los pobladores originales de estas tierras. El México de fin de siglo rezuma mala conciencia. La culpa anima un singular tipo de reparación simbólica. La idea es más o menos ésta: "puesto que lo único que el país le ha ofrecido a los indígenas a través de la historia es pobreza y opresión, lo menos que podemos hacer es dejar que vivan como quieran". Esta es una compensación que aplaca las malas conciencias porque en esencia no demanda prácticamente nada de los mexicanos no indígenas. La verdadera causa de la opresión no es la falta de reconocimiento de los usos y costumbres (éstos han podido sobrevivir relativamente bien en aquellas comunidades que los aprecian), sino la pobreza y marginación que los indígenas han sufrido por siglos. Quienes creen que el reconocimiento de las tradiciones indígenas aliviará su culpa dirán que por lo menos los indios seguirán siendo pobres, pero ahora tendrán dignidad. Y muy contentos seguirán con su vida occidentalizada, alegrada por la diversidad cultural reivindicada.

(2)

La confianza en que el reconocimiento de derechos acabará con la opresión indígena le debe mucho al pensamiento mágico. En el fondo, esta fe es un

puente más con el pasado. En el siglo XIX los liberales creyeron ingenuamente que el país cambiaría tan pronto fueran promulgadas sus constituciones. Pensaron que la constitución desaparecería mágicamente las prácticas autoritarias arraigadas por siglos y aparecerían en su lugar ciudadanos respetuosos de la ley. Lo que observamos en la actualidad es una reedición de la ilusión constitucional decimonónica. Si algo, la sociedad mexicana debería haber aprendido a descreer de los pases mágicos. Hoy, como en el siglo XIX, no es posible tapar el sol con un dedo. La mala conciencia y la culpa oscurecen también el vínculo entre el pasado y el presente. Nadie puede negar que la relación entre el Estado-nación mexicano y sus etnias originarias ha sido injusta. Como afirma Enrique Florescano, durante el siglo pasado, los indígenas no sólo perdieron el fundamento legal de la propiedad comunal, también se convirtieron en parias políticos, pues ni el Estado ni los partidos que se disputaban la conducción de la nación defendieron su causa o discurrieron procedimientos que permitieran su integración en el proyecto nacional. Por el contrario, puede decirse que la consigna que se impuso fue apoderarse de las tierras, destruir las instituciones que cohesionaban las identidades étnicas y combatir las tradiciones, la cultura y los valores indígenas. (8)

La tarea de elucidar las causas de las numerosas rebeliones indígenas campesinas apenas ha comenzado. Revalorizar y repensar el papel que los indígenas desempeñaron en la formación nacional es importante para los mexicanos, mestizos e indígenas por igual. Sin embargo, no es necesario creer que los grupos indígenas no tuvieron una participación significativa en la formación de la nación mexicana para dudar que la historia ilumine con certeza el camino que debemos seguir en el presente. Ni el país que hoy es México ni sus etnias son los mismos.

Lo cierto es que existe un memorial de agravios legítimos, pero la forma que deberán tomar las reparaciones no es evidente. La utilidad de la historia para guiarnos aquí es mucho más limitada de lo que se cree. Es necesario sentar las bases de la participación indígena en los asuntos que a ellos les conciernen y reformar las instituciones políticas para que aseguren su representación en sus territorios. (9) Pero éstos son propósitos muy generales que pueden tomar formas específicas muy diferentes. Por ejemplo, tanto la reforma municipal como la autonomía regional quedan comprendidas en su ámbito. Sin embargo, las consecuencias futuras de cada opción institucional podrían ser radicalmente distintas.

Más falaz aún es aducir que porque en el pasado el Estado nacional intervino en la vida de las comunidades indígenas con efectos detrimentales para ellas ahora debería abstenerse de hacerlo. Es cierto que el Estado buscó en el siglo XIX imponerle a los indígenas leyes que atentaron "contra sus derechos más entrañables". (10) Pero, ¿podemos concluir de ahí que en la actualidad el Estado debería renunciar a su obligación de garantizar los derechos de las mujeres y de las minorías religiosas cuando ciertos "entrañables derechos" los violen? El despojo de las tierras indígenas fue una injusticia imperdonable; la imposición de los derechos individuales como parámetros universales de comportamiento humano no lo es. Si la tolerancia, el respeto a los que disienten de la mayoría y la separación entre Estado e Iglesia son "imposiciones culturales", haríamos bien en mantenerlas.

Después de la raza cósmica

Lo más irónico en todo esto es que la retórica del neindigenismo distrae la atención pública de las posibles acciones que podrían elevar la condición de los pueblos indios. Los indígenas han pagado un precio desmedido en la historia de este país, en consecuencia es justo que la sociedad mayoritaria haga un esfuerzo proporcional en reparar los agravios. Tienen derecho a ello. Primero, la sociedad mexicana deberá asumir cabalmente la responsabilidad que tiene con sus etnias. La deuda es de futuro: sistemáticamente se les ha escamoteado a los indígenas. Llanamente, el objetivo debería ser la igualdad de oportunidades. Lograrla implica una intervención masiva, coordinada, y a varios niveles, del Estado. Se requiere una acción que no tiene precedentes en la historia del país y que, irónicamente, hoy pocos demandan. Quiere decir también que la sociedad mayoritaria deberá pagar con sus impuestos esa intervención que concentraría en un grupo social específico recursos escasos.

Una intervención estatal de este tipo y magnitud sin duda entraría en conflicto con los mecanismos de reproducción culturales. Se desarticularían vínculos sociales y políticos. Dar opciones implicaría también cambiar tecnologías obsoletas y tal vez hasta de sector productivo si, como parece, el monocultivo ya no es ni siquiera capaz de asegurar la subsistencia de los campesinos. Polos de desarrollo podrían modificar el mapa geográfico y demográfico indígena. Sin embargo, hay mucho que el Estado puede hacer para moderar los costos humanos de los procesos de cambio estructural. No se trata de dejar operar libremente al mercado. Si alguna lección clara podemos extraer de la historia es precisamente ésa. Los individuos que conforman las comunidades deberán estar en condición de permanecer en sus comunidades o de salir e integrarse a la sociedad no india si así lo desean. Para que los indígenas se encuentren en condiciones de hacer esto necesitan tener asegurados niveles básicos de bienestar y dominar el castellano, la lengua de la sociedad mayoritaria en México.

Es posible que una política de este tipo entre en conflicto directo con la preservación de ciertas tradiciones y que modifique de manera indirecta otros usos y costumbres. La faz del México indio cambiaría con toda seguridad. Pero ese rostro nunca ha permanecido inmutable.

Esa es la disyuntiva que enfrentamos y que no tiene salidas fáciles. Es, en todo caso, responsabilidad de cada comunidad decidir por sí misma cuáles tradiciones desea conservar y cuáles no. Pero para que esto ocurra deben estar en posición de elegir; ahora no lo están y nunca lo han estado. Una inversión de largo plazo — transexenal— en infraestructura, alimentación, salud, vivienda y educación no tendría los beneficios políticos inmediatos de la reparación simbólica. Sus resultados se verían, probablemente, en la próxima generación. Sería costoso y requeriría de un esfuerzo continuado. Ciertamente, demandaría más esfuerzo que la promulgación de una ley indígena. Hoy, esta propuesta ni siquiera está en la agenda pública. La izquierda, por su parte, tiene demasiada culpa y muy poca imaginación para hacerla suya.

Quienes ayer eran fervientes nacionalistas, admiradores de los murales de Rivera y Orozco, ahora se inclinan sin pensarlo dos veces ante la nueva deidad de la Diferencia. Muchos han abrazado la diversidad cultural por default. La izquierda, afirma el teórico político Maurizio Viroli, ha permitido que la derecha monopolice el lenguaje del patriotismo. ¿Es posible una

identidad nacional mexicana después de la raza cósmica? El patriotismo cívico podría tal vez ser la respuesta. Para el patriotismo ciudadano la obligación hacia nuestro país es la obligación de defender la libertad común. Estas obligaciones, cree Viroli, pueden definirse con suficiente precisión:

debemos luchar contra cualquiera que intente imponer un interés particular sobre el interés común, debemos oponernos a la discriminación y a la exclusión, pero no estamos obligados a imponer sobre otros una homogeneidad cultural, étnica o religiosa'. (11)

Este podría ser un programa para la izquierda mexicana de no ser porque ésta ha optado precisamente por el camino contrario. El patriotismo cívico no exige pureza étnica —la de la nación mestiza— ni tampoco religiosa —la de la nación católica—. Es, por ello, capaz de incluir en su seno a la diversidad cultural. Sin embargo, sí requiere que todos los ciudadanos aprecien la libertad común y que la defiendan. Y para que haya libertad común es necesario que los ciudadanos tengan derechos y obligaciones comunes. Que se rijan por las mismas leyes. La piedra toral de este régimen es la igualdad jurídica, porque ella permite que la patria se conciba en términos políticos y no culturales. "Desetnifica", por así decirlo, el bien común. La separación de las comunidades indígenas en unidades políticas de autogobierno crearía derechos y obligaciones diferentes y por eso trabajaría en contra de la formación de este patriotismo cívico que podría reemplazar al quebrado nacionalismo mexicano. El amor al país propio no debe entenderse como el apego a la unidad cultural, étnica o religiosa de un pueblo, sino como el amor a la libertad común y a las instituciones que ayudan a mantenerla. Esas instituciones tienen una historia particular y la lucha por mantenerlas tiene su épica, sus mitos y sus héroes. Eso tenía en mente Daniel Cosío Villegas cuando ensalzaba a la República Restaurada y a la Constitución de 1857. La "cultura" que requiere este tipo de patriotismo es aquella que se nutre de la práctica de la ciudadanía. Y ésta es una ciudadanía política basada en la igualdad jurídica.

Aun desde un punto de vista puramente estratégico la alianza entre el exclusivismo étnico y la izquierda es una mala idea. La postura del PRD en la cuestión chiapaneca no le ha beneficiado en lo absoluto: sólo ha llevado agua al molino del EZLN. Sería muy difícil encontrar razones de realpolitik para justificar esa posición. Para terminar, regreso al principio. En México el discurso que conscientemente dice combatir al racismo inconscientemente lo perpetúa. La amnesia ha hecho presa en nosotros. El camino para construir una nación más justa y más libre existe, pero para verlo primero debemos recobrar la memoria.

(*) José Antonio Aguilar Rivera. Investigador de la División de Estudios Políticos del CIDE.

Notas

1 Uno de los pocos intelectuales de izquierda que se ha mostrado crítico del movimiento neoindigenista es Roger Bartra. Véase, por ejemplo, "Violencias indígenas", en *La Jornada Semanal*, agosto 1997.

2 Héctor Díaz-Polanco: "La realidad es más que una inmensa estepa verde", en *Ojarasca*, octubre 1997.

3 José Fernández Santillán: "Chiapas. Abrir un nuevo ciclo", en *Enfoque*, 21 de junio de 1998.

- 4 Fernando Escalante: "Retórica y poética del usocostumbrismo", en *Vuelta* 256 (marzo de 1998).
- 5 Eric Hobsbawm: "La política de la identidad y la izquierda", en *Nexos* 224 (agosto de 1996).
- 6 Marcos Roitman Resenmann: "Formas de Estado y democracia multiétnica en América Latina", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman Resenmann (eds.), *Democracia y Estado multiétnico en América Latina. La Jornada* / UNAM. México, 1996.
- 7 *Ibid.*
- 8 Enrique Florescano: *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*. Aguilar, México, 1997, p. 487.
- 9 Enrique Florescano: "Siete tesis equivocadas sobre grupos étnicos", *Perfil de la Jornada*, 12 de marzo de 1998.
- 10 *Ibid.*
- 11 Maurizio Viroli: *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*. Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 9.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

